

*“Ustedes son carta de Cristo, escrita no con tinta, sino con el Espíritu del Dios vivo” (2 Cor. 3,3).*

---

Queridos catequistas:

Ustedes son sembradores de la Palabra, testigos vivos de la fe, artesanos de esperanza y forjadores de comunión, misioneros digitales e influencers de Dios. Ser catequista no es sólo un encargo: es un verdadero Ministerio, un don que cambia la vida y sostiene la misión de la Iglesia.

En su Carta a los Catequistas del Congreso Internacional en Roma (2013), el Santo Padre Francisco nos recordaba con fuerza: “¡Sean catequistas y no trabajen como catequistas! No se trata de tener una función en la comunidad, sino de ser catequistas con toda la vida.”

Estas palabras hoy resuenan como un llamado a vivir la fe desde dentro, con el corazón encendido por Cristo. El Directorio para la Catequesis (2020) nos recuerda: “El catequista es un cristiano que recibe una particular llamada de Dios que, acogida en la fe, lo convierte en testigo, guardián y mediador de la memoria de Dios” (DC 113).

Su vida, más que sus palabras, es el verdadero anuncio del Evangelio.

Por eso, cuando decimos que los catequistas son sembradores de la Palabra, afirmamos que antes que transmisores de contenidos son testigos del encuentro con Cristo (cf. Hch 2,41-47). Con un corazón que arde, que contagia la alegría de haber sido alcanzados por el amor de Dios.

Cuando decimos que son testigos vivos de la fe, recordamos que su vida es catequesis. Al mismo tiempo, son mistagogos y acompañantes, que conducen a los demás al misterio de la fe no desde una lógica escolar ni meramente sacramentalista, sino desde procesos de vida, con escucha, discernimiento y paciencia.

Cuando los llamamos artesanos de esperanza, reconocemos en ustedes a hombres y mujeres que saben leer la realidad con mirada evangélica, verdaderos discernidores y profetas que iluminan los dolores del pueblo y promueven la opción por los pobres y excluidos como dimensión constitutiva de la fe.

Cuando decimos que son forjadores de comunión, vemos en ustedes a quienes modelan relaciones fraternas y corresponsables, integrando la diversidad de edades, carismas y culturas. Son también catequistas con corazón sinodal, capaces de cercanía, ternura y empatía, para que la catequesis sea siempre una experiencia cordial, significativa y transformadora.

Y cuando los nombramos misioneros digitales e influencers de Dios, no pensamos sólo en el uso de medios digitales, sino en quienes, con sabiduría cristiana y mirada crítica, son competentes en cultura digital. Evangelizan desde dentro de este nuevo continente, formando discípulos misioneros que habitan las redes con creatividad, fe y humanidad.

Finalmente, todo esto sólo es posible porque ser catequista no es un rol ocasional, sino una vocación eclesial permanente, una entrega estable al Espíritu que requiere formación continua en teología, pedagogía, espiritualidad y competencias pastorales y digitales.

Queridos catequistas: que María, la gran “influencer de Dios”, nos enseñe a ser verdaderas cartas vivas de Cristo en el mundo.

¡Feliz y bendecido día del Catequista!

---

